

que organizan y ayudan a su construcción”, nos dice con una mirada de orgullo; dirigiéndose a una de las señoras le pregunta:

—¿Van a techar el jueves?

—De todas maneras, Michel. Están invitados todos a la inauguración.

Continuamos nuestro recorrido hasta llegar a un local repleto de ni-

ños y madres y se arma un verdadero alboroto: Todos quieren tomarse una foto con Michel, quien nos dice:

“En este local estamos cumpliendo con el programa de “el vaso de leche”. Damos cerca de 30 mil vasos diarios”. Acto seguido prueba la leche mientras los niños inician una pegajosa canción sobre la campaña del vaso de leche.

César Cox Beuzeville



De provincias al Paseo Colón

Lorena Ausejo

La celebración del Centenario de la Independencia y de las batallas de Junín y Ayacucho dio motivo para que el gobierno de Leguía, con el importe de los empréstitos que caracterizaron a su gobierno, pusiera especial empeño en la realización de obras públicas, de las que Lima fue la ciudad más beneficiada.

Se arreglaron y pavimentaron calles y plazas como el Jirón de la Unión y la Plaza San Martín. Se abrieron importantes avenidas como el Progreso, hoy Venezuela, Nicolás de Piérola y Leguía, hoy Arequipa. Se construyó el Palacio Arzobispal y se remozó el de Go-

bierno. Las colonias extranjeras obsequiaron presentes como el Estadio inglés (derruido para hacer el Nacional), la Fuente China de la Exposición, el Arco Español, la Torre Alemana y el Museo de Arte Italiano.

Así en la ciudad arreglada según un influjo parisino, hubo una calle que fue el centro convergente de las familias adineradas de la capital. Esta iba, sin ninguna calle que la atravesase, desde la Plaza Bolognesi hasta la Plaza Grau, que entonces era la Plaza de la Exposición. El jardín central estaba rodeado de bancas con asientos de madera. Al centro había una especie de glorietta donde dos veces por semana se

realizaban retretas. Lo adornaban dos pilas de agua, cuatro estatuas que representaban las cuatro estaciones y una más grande de Cristóbal Colón; de allí el nombre de la calle “Paseo Colón”.

Al tocar una de las puertas encontramos a una señora, antigua habitante de su barrio, que prefiere permanecer anónima. “El Paseo Colón era un verdadero Paseo —nos cuenta la señora—, había allí un gran ambiente de camaradería y como todos nos conocíamos, nos reuníamos a tomar el té. En las noches, después de comida, salíamos a caminar con los amigos. El paseo era por el lado derecho, el izquierdo era para las parejas que se sentaban en las banquitas a conversar”.

“Cuanta cosa importante sucedía en Lima pasaba por el Paseo Colón”, continúa la señora. “Las marchas de 28 de Julio y por la jura de la Bandera partían de la Plaza de Armas y concluían en la Plaza Bolognesi. Algunos años también pasó la Procesión. ¡Y el Carnaval con sus corsos, los carros alegóricos adornados con miles de flores, en los que iban las reinas bellísimas! ¡Era divino verlos pasar!”

Hoy las cosas son diferentes: Nunca más corsos, ni carnavales, ni los perfumados chisquetos “amor de Colombina”. Las parejas ya no corren sus calles y el pobre Cristóbal Colón luce terriblemente solitario. El fenómeno de inmigración iniciado en el gobierno de Leguía se ha consolidado y son centenares los provincianos que acuden diariamente a los clubes departamentales que funcionan en los locales de otrora orgullosos y refinadas casonas de los años 20. Hombres y mujeres de Piura, Trujillo, Huancayo, Ica y Arequipa intercambian saludos y sonrisas y apuran a sus familiares y amigos para que ingresen al “club” para disfrutar de una buena comida típica como el seco de Chavelo, el rocoto relleno, la papa a la huancaína o las deliciosas tejas de pecana. Atrás, muy atrás, han quedado los afrancesados gustos del energético, duradero y dispendioso presidente Augusto B. Leguía. ■